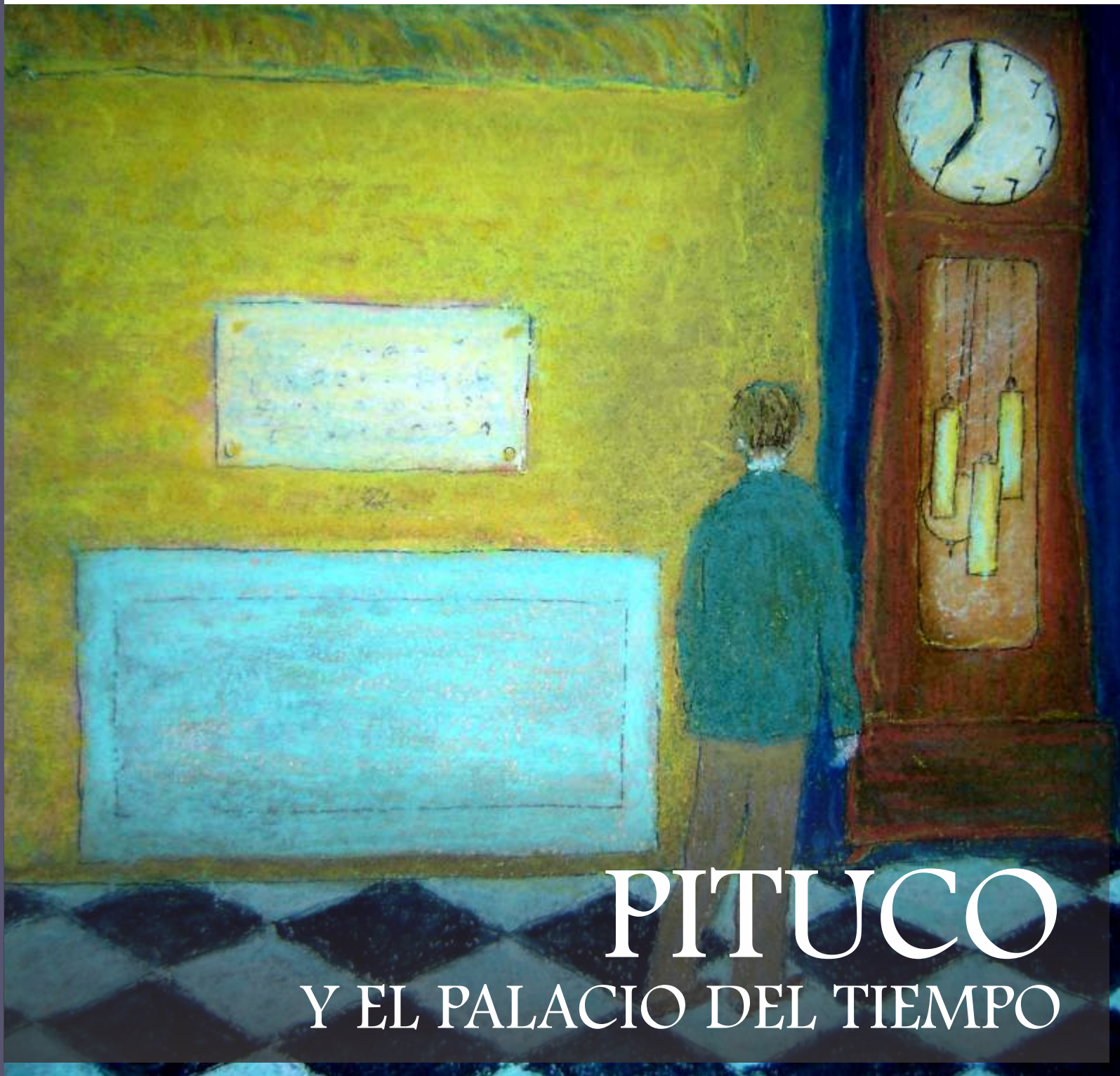


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



PITUCO Y EL PALACIO DEL TIEMPO

Fernando Olavarría Gabler

51



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

PITUCO
Y EL PALACIO DEL TIEMPO

Fernando Olavarría Gabler

Pituco significa petimetre o señorito, y es el nombre de mi perro foxterrier.

Pituco, además de ser un petimetre, es también un entrometido. Constantemente está metiendo su nariz en todas partes, lengüetea lo que puede y no debe. Olisquea todo, hasta el pan con mantequilla que me sirvo al desayuno. Aparte de ser un regalón y entrometido con los alimentos, también se dedica a romper las plantas recién compradas destinadas a adornar el jardín de mi casa (no duran más de veinticuatro horas) y estropea la ropa interior dejada en las sillas o sobre las camas. En cuanto a los gatos, se lanza a gran velocidad tras ellos y los persigue por la calle sin importarle que venga un automóvil (eso es un detalle), lo que importa es alcanzar la cola del minino, que, felizmente, vuela por arte de magia hasta el borde de una muralla o al alero de un tejado.

Debido a tanta energía del perrito decidí dar un paseo en auto para que Pituco la gastara y también podríamos gozar de una mutua compañía.

Había abierto la puerta del vehículo y antes de engancharle la correa en el collar ¡zumm!, saltó a la vereda y salió corriendo hasta perderse en una calle perpendicular a una gran avenida. ¡Pituco! ¡Ven acá!... ¡Qué perrito! Salí del coche a toda prisa y corrí tras él. Mi temor en esos instantes era que lo atropellaran. Cuando di la vuelta a la esquina vi que iba a gran velocidad media cuadra más

adelante. Subía en esos momentos las escalinatas de un imponente edificio. Era uno de esos palacetes de la sociedad santiaguina del siglo XIX que aún quedan en Santiago en el barrio Catedral. Como todo palacio de la “belle époque”, estaba bastante deteriorado. Se veía con las paredes sucias de polvo y los ventanales opacos, dando a entender que habían pasado muchos años sin que nadie lo hubiese pintado.

Me extrañó que la gran puerta de entrada (adornada con una hermosa marquesina de vidrio esmerilado) estaba entreabierta. Allí se detuvo mi perro, y, mirándome, saludó nerviosamente con su cola y después desapareció por la apertura de la puerta. Llegué asesando hasta el umbral y me asomé cauteloso.

-¡Pituco! ...¡Pituco! Llamé en voz baja.

Nada... Silencio y oscuridad.

Pensé que la enorme casa había sido transformada en museo o tal vez era utilizada como un templo de la masonería y que algún portero distraído se había olvidado de cerrar la puerta, pero no encontré portero alguno ni boletería que cobrara la entrada, entonces, más resuelto, me introduje por la abertura de la imponente puerta. Crucé una silenciosa antesala y avancé en puntillas llamando con suave voz a mi perro. Ahora, menos encandilado, me encontré en el centro de una inmensa sala cuyo cielo se perdía en la penumbra. Divisé dos hileras de columnas corintias que separaban a

la sala central de dos naves laterales situadas en ambos costados.

El perro no se veía por ningún lado. El silencio era absoluto.

Caminé hacia la nave lateral derecha y ya completamente adaptado a la oscuridad pude observar con gran asombro la increíble belleza del lugar donde me encontraba. Las paredes se veían pintadas con maravillosos colores donde predominaba el dorado al fuego y estaban en parte cubiertas por extensos cortinajes. Magníficos cuadros de gran tamaño con sus marcos dorados se destacaban a pesar de la débil luz que provenía de las polvorientas ventanas dispuestas muy arriba, cerca del techo.

Tuve la sensación de estar dentro de una magnífica catedral, pero no divisaba altares y los temas de los cuadros no eran de carácter religioso. Me llamó la atención, eso sí, que los seres humanos representados en los óleos, portaban relojes de todos los tiempos; no faltaban los relojes de arena y en los paisajes de fondo me pareció reconocer algunos relojes de sol. No vi cruces ni áureas de santos y si las había, éstas eran muy escasas, pero sí predominaban, además de los relojes, raros instrumentos astronómicos y cielos estrellados.

Mientras contemplaba absorbo todo este fascinante escenario, me pareció oír el cadencioso tictac de un reloj, y, muy cerca de mí, arrimado contra la pared, un gran reloj “big ben,” como un centinela, me daba la bienvenida.

En esos momentos los punteros del reloj señalaban tres minutos para las seis de la tarde. Al lado del reloj una gran plancha de bronce estaba apernada en la pared y debajo de ella descubrí una ruedecilla del mismo metal, que semejaba la rueda de timón de un buque velero. Más abajo, limitando con el nivel del suelo, había un rectángulo que parecía una puerta herméticamente cerrada, sin cerradura ni manilla alguna.

En el bronce estaba escrito en latín con caracteres romanos la siguiente inscripción, que, debido a los conocimientos que tenía de esa lengua muerta, pude leer y traducir sin dificultad. Decía:

**EL TIEMPO DE DIOS ES CÍCLICO, MULTIDIMENCIONAL,
INFINITO Y PERFECTO.**

Estaba absorto en la lectura, cuando en el silencio reinante, solamente interrumpido por el tictac del péndulo del reloj, oí unos ruidos de uñas que pisaban una superficie embaldosada. Los oía al otro lado de la pared. Éstos se acercaban. Escuché cómo alguien olfateaba a través de la puerta rectangular y después se alejaba. ¿Por qué agujero se había metido mi perro ya que lo oía al otro lado de la muralla? Me había reconocido y ahora nuevamente se retiraba.

-¡Pituco!, llamé imperioso. ¡Pituco! ¡Ven acá!

Nada...entonces se me ocurrió que si yo giraba la ruedecilla

debajo de la plancha de bronce, se abriría la puerta. La giré lentamente hacia la derecha. En esos momentos el reloj anunciaba las seis de la tarde con solemnes campanadas. La puerta rectangular situada a ras del suelo, se deslizó de súbito como si hubiera sido accionada por un resorte y los números del reloj también cambiaron. ¡Todos ellos se habían transformado en el número 7! El reloj nuevamente empezó a tocar campanadas, y yo, agachándome, hasta estar apoyado con las manos y las rodillas, atravesé la puerta.

Me encontré en una inmensa sala cuyo cielo abovedado estaba hecho de una estructura metálica y cristales. El piso, de baldosas negras y blancas se veía limpio y reluciente. Una estupenda vegetación no me dejaba ver las paredes de esta gran sala que más bien parecía un colosal invernadero. Recordé el famoso jardín botánico de Lisboa y pensé también que así podría haber sido el jardín botánico inaugurado por el Príncipe Alberto en la época victoriana.

El jardín era soberbio. Estaba tan fascinado con esta escena, que me olvidé por algunos instantes de mi perro. El reloj seguía tocando sus lentas campanadas, y al fondo, en una neblinosa luminosidad divisé a Pituco que me ladraba.

El perro, en vez de ir hacia mí, emprendió una veloz carrera y yo tras él. Mientras corría tuve la extraña sensación que ese recorrido lo había hecho antes. Era una situación extraña. Pituco



corría ahora por una extensa playa donde el suave oleaje del mar mojaba mis zapatos. De pronto Pituco se detuvo y yo no pude avanzar más. Las campanadas habían cesado y me encontré en la sala frente al reloj, pero ahora con los números de su esfera dispuestos normalmente del 1 al 12. La puerta rectangular estaba cerrada y la inscripción de la plancha había cambiado. Decía:

**LOS ALMANAQUES Y RELOJES FUERON INVENTADOS
PARA MARTIRIZAR A LA HUMANIDAD.**

Molesto por la rebeldía de mi perro y por encontrarme nuevamente en una escena pretérita, me dirigí a la ruedecilla y la giré para continuar mi carrera, pero ¡algo increíble sucedió! Otra vez los números del reloj se transformaron en el número 7, se abrió la puerta y fui lanzado a través de ella para después encontrarme corriendo detrás de mi perro por el piso de baldosas del invernadero. Entonces me di cuenta de que se estaba repitiendo la escena que recién había experimentado y, quisiera o no, me veía obligado a repetirla. También recordé que mientras corría la primera vez había tenido la sensación que ese trayecto ya lo había hecho.

-Estoy preso del reloj del tiempo -pensé-. Es imposible salir de esto mientras suenen las campanadas del reloj de los doce 7.

Llegamos a la playa luminosa, las campanadas cesaron y me

encontré frente al reloj al otro lado de la puerta.

Para abreviar; tres veces que hice girar la ruedecilla hacia la derecha, tres veces se repitió la misma escena para encontrarme al final frente al reloj y la plancha de bronce. (Recuerdo que la última vez, en la plancha había algo escrito en griego antiguo que naturalmente no pude descifrar.) En aquel momento se me ocurrió girar la ruedecilla hacia la izquierda y los números del reloj se transformaron todos en 5, entonces me encontré conduciendo mi automóvil y posteriormente abriendo la puerta para que escapara el perro, llegando finalmente frente a la plancha y al reloj. Impaciente, por no decir desesperado, di varias vueltas a la ruedecilla hacia la izquierda y me encontré en mi casa, sentado en el sillón del living, pensando que uno de estos días debía salir con Pituco a dar un paseo en automóvil.



Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.